

Señoras y señores:

Momentos son de júbilo para esta queridísima ciudad, en estos en que, poniendo a contribución el genio y la inspiración del más afamado de sus artistas, el gran escultor Marco Pérez, quiere Cuenca saldar la deuda de gratitud, que hace más de medio siglo tiene contraída con uno de sus hijos más preclaros: con el insigne patrio D. Lucas Aguirre y Juárez.

Sería vana pretensión en mí intentar ahora descubrir la interesante figura del inmortal filántropo; plumas y voces más autorizadas que la mía, bucearon ya en su vida y en sus escritos, y dejaron dicho doctamente cuanto a través de aquéllos, creyeron vislumbrar o pudieron deducir, en punto a sus opiniones, sus sentimientos o sus ideales.

Permitidme, pues, que en estos momentos me limite tan sólo a exponer algunas reflexiones sugeridas por la consideración atenta de los rasgos más salientes, que sin duda se destacan en la recia personalidad de nuestro incomparable paisano.

A mi modo de ver, descuellan entre sus más admirables cualidades, la finísima intuición con que supo percibir la verdadera causa de los problemas de su tiempo y la enorme clarividencia con que certeramente señalara su solución, poniendo sus ojos en el porvenir.

Don Lucas Aguirre, con una perspicacia que sólo puede ser compañera de los grandes entendimientos, consideró que el problema de España en su época, era ante todo esencialmente un problema de cultura.

«Las naciones más ricas son las más instruídas», dice Aguirre, en aquellos momentos en que el monstruo de acero empenachado de humo que el genio de Stephenson imaginara, acababa apenas de cruzar por vez primera la desolada estepa castellana; cuando la química apenas si había ensayado sus pasos de gigante; cuando no podían aún ni presumirse, hasta que extremos de maravilla habían de llegar los progresos de la técnica y de la industria como lógica consecuencia de la sabia organización cultural de los países más avisados.

Mas no era sólo el bienestar material sino también el perfeccionamiento espiritual, lo que Aguirre anhelaba para su patria; que estaba bien persuadido de que sólo la cultura de todos hace posible el

progreso social de las colectividades y de que sólo apoyándose en la cultura, es como pueden subsistir las democracias y es como llegan a ser incommovibles las libertades de los pueblos.

Preocupado por tal modo Aguirre con la necesidad ineludible que él sentía de dar cumplimiento al admirable precepto de «enseñar al que no sabe», no vacila en afrontar a la idea cuanto su esfuerzo individual le permite, legándolo íntegra la fortuna adquirida tras largos años de trabajo. ¡Maravilloso ejemplo de altruismo que ofrecer a los poderosos!

Extraño contraste en verdad, el que ofrece esta conducta, con la que se sigue desde las alturas del poder, para afrontar el mismo problema por quienes tenían la obligación de resolverlo y los medios para conseguirlo.

Para no citar sino un botón de muestra, bastará recordar, que desde los tiempos de Moyano en 1857, ninguna ley orgánica de Instrucción Pública, fué elaborada por las Cortes españolas y la única que existe sabido es de todos, que yace maltrecha, mutilada e incumplida, gracias a centenares de decretos y disposiciones dictadas la mayoría sin otras causas que el mejor servicio, no de los intereses generales del país, sino de los particularísimos de las clientelas políticas, que habían ayudado al encumbramiento de los autores de tales desmanes.

Con muy pocas salvedades que hacer, no parece sino que desde el Gobierno, ha habido muchas veces el deliberado propósito de impedir el progreso cultural del país; de un país que aunque dicen que «in illo tempore», tenía intervención en el poder legislativo, raramente osaba reclamar el alimento espiritual a que tenía derecho y que en menguada medida, a las veces se le otorgaba ya que desde el año 57 del pasado siglo la cultura española, viviendo casi constantemente en régimen autocrático, ha encontrado muy pocos Aguirres entre sus elementos directores, y ha tropezado en su camino más frecuentemente de lo que convenía al interés patrio, con la falta de competencia, de patriotismo o de buena fe.

Así la realidad, con sus —a veces— excesivamente duras lecciones, nos ha demostrado bien claramente, que las inaceptables ficciones en que el país ha vivido durante tanto tiempo, las funestas situaciones

que más de una vez se ha visto forzado a afrontar, no son sino la consecuencia lógica de tan largos años de lamentable abandono.

Y esta dolorosa experiencia lleva forzosamente a la conclusión de que todos los cambios de postura que nuestro país realice buscando su equilibrio estable, no serán en el fondo sino un inútil juego de palabras, en tanto no atendamos debidamente a lo que hoy, como en tiempos de Aguirre, sigue siendo el problema fundamental de España: La cultura.

Afortunadamente vivimos momentos de optimismo. Las felices iniciativas de Aguirre y de otros escasos pero no menos beneméritos patriotas; las que en contadísimas ocasiones se escaparon como por excepción del poder público, han sido semilla que no ha quedado infecunda.

Por debajo de esa capa política superficial de variados matices y espesores que más o menos estrechamente envuelve a España, late vigoroso el germen de la anhelada renovación, una legión cada día más numerosa de selectos ciudadanos, bajo cuyas banderas debemos alistarnos sin demora, labora afanosa e incesantemente, en escuelas, talleres, archivos, cátedras y laboratorios, por salvar de un salto los 50 años de retraso en que han colocado a España añejos errores.

A ella está reservada, sin duda alguna, la altísima misión de restaurar por la cultura las sublimes gestas que por el arrojo y la valentía escribiera en otros tiempos el genio de la raza hispánica.

A ella está reservada la reconquista espiritual de América, ya en buen hora comenzada, ella será capaz de reafirmar ante el mundo nuestro buen nombre, mucho tiempo ausente de las cruzadas que a toda hora levanta el entendimiento para la conquista de la verdad.

«La verdad», ¡sublime vocablo!

«La verdad os hará libres», dijo San Juan en una bellísima parábola; y tenedlo por seguro, libre como jamás lo fué será esa nueva España, por obra y gracia del esfuerzo y la cultura de sus hijos.

El día venturoso que esto llegue, todos los españoles rendiremos ferviente y ostentoso culto a nuestros guías y a nuestros precursores; y entonces en la lista de áureos nombres, que esculpíremos por modo indeleble en la conciencia de todos, figurará de los primeros el de nuestro gran conquisador D. Lucas Aguirre y Juárez.

Por eso estos solemnísimos instantes en que con fervor casi religioso debe inflamar nuestros corazones, quisiera yo que tuvieran un mayor relieve que el que mi insignificante personalidad puede prestarles.

Ya he dicho en otra ocasión y así es lo cierto que al venir a Cuenca a rememorar familiarmente entre vosotros los días ya pasados de aquella lejana adolescencia, en que recibía de Aguirre los primeros galardones, abandono a las puertas de la Corte el incómodo bagaje de mis cargos oficiales; pues bien, permitidme que por excepción, durante unos momentos y por un esfuerzo imaginativo me envuelva en los pliegues de mi severa toga universitaria, que exorne mi pecho con los preciados esmaltes académicos, y aun así, no me creeré revestido de toda la autoridad que yo ahora quisiera poseer para leeros estos renglones.

Me sería preciso todavía poder penetrar en el espíritu de la mayoría de cuantos me escuchan, en el de todos aquellos que fecundan esta tierra con el esfuerzo de sus brazos o con la luz de su entendimiento; de cuantos tienen sus huesos moldeados en la misma básica substancia, en que lo están las fantásticas y encantadoras riscas de nuestras pintorescas hoces; de los que llevan su sangre amasada con agua de nuestros dulces y cristalinos manantiales; de los que sienten sus pulmones constantemente henchidos con el embalsamado de nuestros incomparables vergeles y alamedas; de cuantos saben gozar entre nuestras históricas ruinas o con nuestros maravillosos paisajes, de cuantos presentes o ausentes, amen, en fin, a este rincón de España, como yo lo amo. Y entonces, adueñado de lo más selecto, de su personalidad, ostentando la más verdadera y completa representación del alma conquisador, yo me atrevería a acercarme al monumento a Aguirre, y con la misma emoción del torrero que enciende el faro que ha de orientar en la noche tenebrosa a la nave sin rumbo, reclamaría para mí el honor de descubrir la efigie de esta legítima gloria conquisador.

¡Que ella sea la antorcha que guíe a Cuenca por el camino que conduce a las cumbres de la prosperidad y del progreso, dentro de una España grande, culta y libre como todos los buenos patriotas la soñamos!

HE DICHO.